

La Voluntad del Ser Ante un Destino Inexorable

Javier I. Leiva Contreras

Escuela de Arquitectura y Diseño

Pontificie Universidad Católica de Valparaíso

Presentación: Epistemología en Arquitectura y Diseño

Arturo Chicano

Eloísa Pizzagalli

28 de octubre de 2022

Resumen

El siguiente texto corresponde a un ensayo personal que, a partir de apuntes de las clases y posterior cuestionamiento sobre los tópicos filosóficos y autores revisados, se plantea una hipótesis para entrar a discutir y enfrentar ideas. Los textos estudiados para la ocasión son: « Ser y Tiempo » y « The Concept of Time » del autor alemán Martin Heidegger, y el texto «Ecce Homo» de Friedrich Nietzsche, en este último establece que la concepción básica de «Así habló Zaratustra » (otro libro de su autoría) consiste en la idea del eterno retorno, una de sus postulaciones más difíciles y que no significa la repetición sin fin de las cosas, sino que se concibe como una doctrina moral: es decirle sí a la vida en toda su complejidad, abrazando la afirmación de la vida y al mismo tiempo el sentido trágico o dionisiaco de la misma, que se asocia al concepto de *amor fati* que puede traducirse como “amor al destino”. En el texto de Heidegger, se intenta comprender como es el vínculo del destino y los entes de este mundo. Principalmente a partir de estos dos autores se enfrentan sus percepciones y conceptos en relación con el destino y la voluntad del ser, cuestionando si el azar actúa como parte inexorable de la vida, la causalidad de los fenómenos frente a un mundo acostumbrado a la seguridad, el orden y el resultado, la certeza de una finalidad preestablecida.

Palabras claves

Destino – Intimidad – Experiencia – Tiempo

Lo Íntimo y Original

¿Cómo las personas reflexionan sobre el propósito de su existencia? En una discusión constante de lo que se considera como verdad surgen incógnitas que han conmocionado a grandes pensadores a cuestionarse nuestra percepción de la realidad y el descifrar de nuestro propio ser. Pero no basta con sentir la perplejidad o la incertidumbre al caer en la cuenta de todas estas preguntas que nos acometen, puesto que tiene que trascender la razón, al menos en alguna parte de esta duda para hallar respuesta, o por lo menos encaminarse hacia ella, aunque ningún camino está tan lejos de la verdad, cada persona puede buscarla apasionadamente y movilizarse hacia ello, también teniendo en consideración la intimidad de cada verdad y como el otro la recibe y descifra, Alberto Cruz nos presenta la siguiente pregunta:

¿Cómo traer nuestra propia intimidad? Decidimos crear un espacio para este dar cuenta de nuestra propia intimidad. Como se trataba de un Congreso, de un mostrar la propia intimidad, había que exponer en un determinado momento. Íbamos a vivir un tiempo presente. Creemos que en esta explicación de cómo hicimos esto, están los elementos principales, a nuestro juicio, que constituyen la arquitectura. Un develar de la intimidad.

(Improvisación del Señor Alberto Cruz, Cruz, 1959, p. 1).

Para adentrarse en esta dinámica del destino y lo íntimo se requerirá de una contextualización histórica, el origen de la palabra y las ciencias que la comprenden. Primeramente, para poder descifrar la entonación de esta pregunta nos toca preguntarnos sobre el destino. La palabra destino viene del verbo destinar, y este procede del latín *destinare* que viene siendo algo como “hacer puntería” y destino actuaría como el blanco, o sea el objeto situado a distancia para practicar tiro con arco y flecha.

La incógnita del destino

Entonces “destino” se puede considerar como una meta, algo que se logra con el paso del tiempo necesariamente y por ende de la experiencia. Pero desde el léxico de destino como tal (también llamado *fátum*, hado o sino) es el poder sobrenatural inevitable e ineludible que, según se cree, guía la vida humana y la de cualquier ser a un fin no escogido, de forma necesaria y fatal, en forma opuesta a la del libre albedrío o libertad. Y en la mitología griega destino fue *Ananké* o *Anankaia*, a veces *Ananke* (en griego antiguo *Ἀνάγκη Ananke* o *Ἀνάγκαιη Anankaie*) era la madre de las Moiras y la personificación de la inevitabilidad, la necesidad, la compulsión y la ineludibilidad. En la mitología romana era llamada *Necessitas* (“necesidad”).

Si nos hincáramos hacia las ideas de Heráclito, entenderíamos que todo está siempre cambiando y nunca se es, lo que es siempre está siendo, por ende, lo que no es, simplemente no es. Esta idea es también conocida como el conocimiento *a priori* y es aquel que, en algún sentido sustancial, es independiente de la experiencia; mientras que el conocimiento *a posteriori* es aquel que, en algún sentido sustancial, depende de la experiencia. En contraste con la visión del filósofo Friedrich Nietzsche:

Puesto que no es en absoluto posible ni deseable recomenzar desde cero, puesto que no hay posibilidad alguna de recomenzar y en verdad ni siquiera debiera haber deseo si queremos permanecer fieles a la idea del *amor fati* otorguemos retrospectivamente sentido a esa herencia, llevémosla en la dirección escogida para que, a través de nuestro hacer, pueda abandonar los dominios del azar y transmutarse en destino.

(*Ecce homo*, Nietzsche, 1908, p. 22)

El destino en los tiempos modernos aún se entiende como una fuerza misteriosa para el hombre incluso luego que de los autores anteriormente mencionados la hayan analizado y ensayado por tantos años, esta fuerza que actúa sobre todo ente y causa eventos inevitables, este concepto es interpretado en distintas culturas y épocas principalmente de dos formas, una fuerza divina o una fuerza definida físicamente. La fuerza divina o la fuerza de un Dios son también incógnitas que han intrigado al hombre por naturaleza desde sus primeras instancias de reflexión,

ya que la búsqueda de la verdad es intrínseca a nuestro ser, y cabe preguntarse si acaso existe un ser que esté a cargo de este destino, y si este destino es un constructo individualmente íntimo o un acontecer coexistente, una libertad en común.

La palabra Dios procede del latín “deus”, esta palabra deriva de una raíz indoeuropea común *dyeu-/dyu-*, que significa “luz diurna”, así como su variante “*divus*” del latín, que significa “ser de luz”, esto tiene una esencial relación con el entendimiento de las divinidades en la época griega y anteriores a esta; en los orígenes, ya que estos seres se creían hechos de la materia de la luz y nimbados de ella. El cristianismo tuvo unos orígenes primitivos en torno a esta pregunta del origen, el destino y tantas otras. Este cristianismo reprochaba totalmente las creencias religiosas de la antigua Grecia y Roma. En la modernidad se usa la palabra θεός (“*theos*”, dios) que se usaba como nombre común para todos los dioses en Grecia.

Entonces, el destino podría tener dos posibilidades; Una fuerza ajena al ser humano, una fuerza ineludible y prescrita que desprecia la voluntad del ser (el irresoluto). O su otra posibilidad se puede nombrar como una fuerza interior ligada a la voluntad de ir tras un objetivo? (el resuelto). En cualquiera de los casos anteriores, existe el factor tiempo en la primera el tiempo podría percibirse como un factor lineal, puesto que la voluntad descansa en lo prescrito, las decisiones y los tiempos de éstas no presentan gran importancia, mientras que en la segunda, la voluntad de ser viene siendo el principal motor para contrarrestar la sensación de ansiedad, ambigüedad e incertidumbre del futuro, es decir las metas y objetivos están ligadas a un límite de tiempo para llegar a un fin/logro/meta. En su libro *Ser y Tiempo* Heidegger nos menciona sobre el irresoluto y la temporalidad:

El irresoluto se comprende a sí mismo partir de los sucesos y azares inmediatos que en esa presentación comparecen en variable afluencia. Perdiéndose a sí mismo en sus múltiples quehaceres, el irresoluto pierde en ellos su tiempo. [...] La existencia que es tem- pórea de esta manera tiene “en forma estable” su tiempo para lo que la situación exige de ella. Pero de este modo la resolución abre el Ahí tan sólo como situación. Por consiguiente, lo abierto no puede comparecer nunca para el resuelto en tal for- ma que éste pudiera perder en ello su tiempo sin resolverse.

(...)

Sólo un ente que como venidero sea cooriginariamente un ente que está siendo sido, puede, entregándose a sí mismo la posibilidad heredada, asumir la propia condición de arrojado y ser instantáneo para “su tiempo”. Tan sólo la temporeidad propia, que es, a la vez, finita, hace posible algo así como un destino, es decir, una historicidad propia.

(Heidegger, 1927, p.394 - 396)

La Traducción de la Experiencia

Lo que está dentro del ser está íntimamente conectado con su corporalidad, y el hecho de que nuestra conciencia sea delimitada por las paredes de carne causa que nuestra sociedad no logre desarrollarse como un entero, con propósitos en común, veámoslo así; si en un equipo de fútbol se quiere anotar un gol, en vez de que todos los jugadores intenten capturar la pelota para lanzarla al arco del rival, el equipo se dispone en la cancha de manera organizada, existe un arquero, el cual no tiene como propósito anotar goles, los defensores, que tampoco buscan anotar goles, mediocampistas y delanteros, estos últimos vendrían siendo los encargados de anotar los goles, por ende, a pesar de que en el equipo no todos tienen la misma tarea individualmente, trabajan en conjunto con distintas tareas para lograr el mismo propósito, ganar el partido. En torno a esto se puede pensar que, como humanidad, nos movemos en distintos tiempos y espacios, nos proponemos diferentes objetivos y realizamos diferentes tareas, pero reconocemos nuestro lugar, nuestra realidad, nuestro rol como seres humanos en este universo interconectado. Nuestro poder no pertenece a nuestra pequeña individualidad, sino en que pertenecemos a esta gran creación, como un ente mayor con todos sus arrojados fluyendo en diferentes trayectorias y a la vez convergiendo en una armonía de creación, a partir de esto, Heidegger en su libro *The Concept of Time* nos señala que:

En tanto el tiempo es en cada caso mío, existen muchos tiempos. El tiempo carece de sentido; el tiempo es temporal.

(Heidegger, 1924, p. 6)

Entonces la pregunta inicial sigue abierta y no se puede definir el destino de una persona según su temporalidad individual, cada persona vive su presente, con personas, territorios y actividades específicas, todos esos pueden ser aspectos que forjan y alteran la trayectoria de nuestra vida. El destino en común no sería el resultado de una suma de todos los destinos individuales, tampoco el convivir es simplemente la gestación de un estar en conjunto de varios seres.

(Heidegger, 1927, p.371)

En el libro *Ser y Tiempo*, Heidegger nos clarifica sobre la perspectiva del tiempo:

El tiempo deberá ser sacado a la luz y deberá ser concebido genuinamente como el horizonte de toda comprensión del ser y de todo modo de interpretarlo.

(Heidegger, p. 28)

Conclusión

¿Pero es aquello todo lo que define nuestro destino?, ¿El ser actúa en la voluntad de querer ser?, ¿Existe realmente esta voluntad individual/colectiva ante el avasallador tiempo del universo? Y es que nunca sabes a donde te llevará la oportunidad que tomaste o dejaste pasar, esa persona que te encontraste, esa emoción que compartiste, ese sueño en el que creíste. Nunca sabemos cuándo una simple casualidad es en verdad la llave a nuestro destino.

Cada paso que damos, cada palabra que decimos, cada historia que habitamos, cada decisión que tomamos, cada ruta que recorremos, todo está enlazado en algún punto. Nada está aislado.

Cada mínimo hito o idea es parte de un tejido que nos va llevando de una u otra manera exactamente al lugar en el que tenemos/debemos estar. Entender de que va el recorrido, enlazar las puntadas del tejido y poder comprender la trama desde un nuevo lugar hace que todo cobre sentido. Que las dudas y el desconocido que conlleva el futuro se relajen y los caminos se habiliten, entendiendo los patrones que vamos repitiendo a lo largo de nuestra historia, los ritmos, los ciclos, las sincronías.

Poder ver con claridad las huellas que fuimos dejando, estar abiertos a lo desconocido para recibirlo y poder así aprovechar cada energía disponible a nuestro favor, para ir cada vez más adentro y expandirnos.

Referencias

Heidegger (1924). El Concepto del Tiempo. Edición electrónica de www.philosophia.cl / Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.

Heidegger (1927). Ser y Tiempo. Edición electrónica de www.philosophia.cl / Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.

Mingot (2010). El Vértigo del Amor Fati: Libertad y Necesidad en Nietzsche. Revista de Filosofía Vol. 35, Universidad Autónoma de Madrid.